

Enrique González Rojo y el noble compromiso del poeta, del hombre de su pueblo

Larga y hermosa es la tradición de solidaridad entre la cultura, el arte y la verdadera ciencia, con las mejores causas de su pueblo. La sola enumeración de los eslabones de esa cadena secular haría interminable esta nota que quiere registrar –y agradecer- el noble gesto de un poeta, hijo y nieto de poetas, al entregar a favor de la desigual lucha que un grupo de electricistas realiza por liberarse de la humillante y sucia esclavitud imperante en la central sedicentemente proletaria, cuyos líderes encanallan la vida sindical de nuestro país y convierten las agrupaciones concebidas como instrumentos al servicio de la clase obrera en agencias electorales en beneficio de consignas gubernamentales y en eficaces colaboradores del interés patronal.

Resulta verdaderamente excepción, sin embargo, que un poeta laureado por el alto nivel de su producción poética, entregue sin condiciones o reservas un dinero recibido como premio, a la causa que frente a tantas incomprendiones y obstáculos sostiene la Tendencia Democrática de los trabajadores electricistas, al reconocer en esa lucha la posibilidad más concreta y confiable de la liberación de los obreros mexicanos.

Y calificamos como excepcional esa actitud, por registrarse en los momentos en los cuales gran parte de artistas e intelectuales de nuestro país silencian sus críticas, dominan sus rebeldías y liman sus inconformidades para aceptar empleos en la maquinaria oficial y abandonar así su militancia en las batallas de su pueblo.

Por lo demás, aunque nunca faltan claudicaciones de este tipo, siempre se ha registrado, en la etapa de lucha popular por atenuar algunas de las normas injustas en un país determinado o en el ámbito internacional, la actitud ejemplar de artistas e intelectuales destacados que no dudan en ocupar su lugar en la trinchera del pueblo. En estos últimos años, Pablo Neruda ennoblece su excepcional fidelidad al pueblo chileno con su vida y obras puestas al servicio de estas causas. En la hora de su término vital, días después del cruento golpe de los Pinochetes, la casa de Pablo fue arrasada, ultrajada y destruida y el agonizante poeta pudo ser testigo y víctima de la nefanda situación que toda su vida trató de evitar para su pueblo y para la humanidad.

El gesto solidario de Enrique González Rojo no podrá ser olvidado por los trabajadores de la Tendencia Democrática ni por los hombres y mujeres conscientes del significado de este impulso innovador y depurador del sindicalismo y de la democratización de nuestro país, quienes han patentizado directa o indirectamente cómo estiman, en correcta meditación, que esta lucha no es, simplemente, una anécdota en el proceso confuso y contradictorio de la capacitación de la clase obrera para perfeccionar sus instrumentos de lucha, sino la esperanza más firme y confiable en que los

procedimientos del charrismo se liquiden en definitiva por voluntad democrática y libremente expresada por los propios trabajadores de arrojar al basurero de la historia a los líderes impuestos por sus enemigos de clase.

La revista *Solidaridad* quiere, con estas líneas, no sólo agradecer la confianza que in distinguido poeta mexicano brinda a nuestra lucha, que sabemos tan desigual y desventajosa como irrenunciable. El gesto de González Rojo ratifica los prestigios de esa dinastía iniciada por su abuelo, Enrique González Martínez, quien supo coronar su excepcional tarea poética con la más noble joya: la de su entrega a la lucha por la paz mundial; la de una paz justa y fecunda; la de esa paz que no puede imponerse con las bayonetas y no aspira a reprimir ni a vencer, sino a convencer; por esa paz enraizada firmemente en la convicción de que sólo en el clima de la fraternidad y de justicia social puede presidir los destinos del hombre.

El poeta, cuando lo es en plenitud de cumbre, tiene el singular don de anticipar el futuro y de señalar rumbos a los vientos de la historia como prólogo del porvenir y no como liquidación archivada del pasado.

Para Enrique González Rojo, no sólo muestra conmovida gratitud, sino el compromiso y la certidumbre de que su gesto no caerá en el vacío. Sabemos ahora bien que los mejores mexicanos están en nuestra trinchera, acompañando a los obreros electricistas que se niegan y se negarán a sumarse a los rebaños de los líderes del oficialismo político y de la obediencia a las conveniencias del imperio vecino y de

su servidora, la clase patronal de nuestro país, entregan inescrupulosamente a la dirección “charra”.

Venceremos, Enrique. Porque, mas pronto o más tarde, el pueblo vence. Así ha sido una y otras veces. Así será también en esa ocasión.

Revista “Solidaridad”, No. 172, Marzo de 1977.